



Turismo y sustentabilidad

“Industria sin chimeneas” fue la frase con la que se definió al turismo durante muchos años, no tanto para aludir a su reducido impacto ambiental, sino a su capacidad de generar dinero a escala industrial pero sin fábricas. Fue una de las frases que sirvió para promoverlo cuando comenzaba a masificarse gracias al aumento exponencial del número de personas que podían viajar por el mundo en sus vacaciones, solos o en pareja, con amigos o en familia. Tal auge fue aprovechado por empresarios, ciudades y países de todo el mundo para atraer cuantos turistas pudieran, y fue así que la industrialización del turismo llegó a sitios con atractivos culturales y/o naturales como Galápagos, donde hacia 1950 llegaban menos de 10 mil turistas cada año, mientras que para 2015 la cifra superaba ya los 220 mil visitantes anuales.

Pero más tarde o más temprano el turismo masificado, más allá de las cifras macroeconómicas, las fotos de postal y los brochures con delicias gastronómicas, comenzó a mostrar sus endeble costuras. Que si los empresarios del turismo eran extranjeros o afuerños que acaparaban los beneficios económicos a costa de las comunidades locales y sus recursos. Que el turismo podía no tener chimeneas, pero ello no impedía que despidiera un hálito contaminante de las aguas, el aire y el suelo, y sirviera como puente para el acaparamiento de agua y tierras. Que si llevaba a la dramática transformación de la cultura local, al aumento del comercio de sexo, o al abandono de actividades tradicionales agropecuarias. Que si desestructuraba y reconfiguraba las relaciones comunitarias y el poder local. Surgió entonces, en el marco de la onda ecologista de las décadas de 1980 y 1990, el ecoturismo, presentado como una nueva manera de viajar por el mundo con sustentabilidad, respetando a las poblaciones locales, a la naturaleza, y distribuyendo mejor los beneficios de todo tipo. No fue eso, sin embargo, una panacea ante las externalidades negativas; poco tardó esa la onda del ecoturismo en ser cooptado por prácticas tradicionales, con lo cual aquello que se vende como eco en el turismo actual no garantiza

que lo sea. Hay mucho maquillaje superficial, de ese que se pierde con pocas gotas de lluvia. Las contradicciones emergen por ejemplo en ciertas certificaciones de ecoturismo, casi siempre bajo el control de compañías del Norte global, o en programas de turismo verde en cruceros o tours guiados en los que las comunidades locales son meros actores pasivos.

Entonces: ¿realmente existe o puede existir un turismo sustentable? Esa fue la pregunta que nos planteamos cuando convocamos a esta edición de *Letras Verdes*, y al final los artículos, bastante críticos, dejan muchas dudas al respecto. En los primeros seis artículos del dossier se reflexiona sobre el turismo en el territorio de los indígenas guna en Panamá (Mònica Martínez Mauri), sobre los conflictos por apropiación de agua en Costa Rica (Grettel Navas), sobre el impacto del turismo comunitario en una comunidad campesina del Ecuador (York Neudel), sobre el proyecto de la Unión de Cooperativas Agropecuarias Tierra y Agua para la aplicación de un turismo rural comunitario en Nicaragua (Daniel Altisent Carulla), sobre el impacto de largo plazo en islas colombianas (Jesus David Salas Betin), y sobre los incipientes conflictos de un megaproyecto en el mediterráneo español (Javier Cortijo-Pardo). Sus autores coinciden en que el turismo deja profundas huellas en el ambiente y en la cultura. En Yunguilla, Ecuador, parecería que la vida campesina está dando paso a una vida en función del turista, contradiciendo las intenciones originales (que los turistas conozcan modos de vida más cercanos a la Tierra). En Panamá, la movilidad de personas por el territorio marino-terrestre de los guna no está bajo el control de sus habitantes, sino de empresarios que viven lejos del lugar, lo cual ocasiona conflictos. En Costa Rica los megaproyectos de turismo residencial han comprometido el abastecimiento de agua de comunidades locales. En España, un complejo turístico está generando conflictos desde su planificación. Entonces, si bien Alejandro Palafox-Muñoz y María Guadalupe Martínez-Perezchica en su artículo sobre turismo y nueva ruralidad sugieren que puede ayudar a mejorar la calidad de vida en el campo, siempre y cuando se considere lo comunitario como base, los casos ilustran que esa teoría no siempre se ve plasmada en la práctica. Los casos estudiados permiten rastrear algunas pistas de las cuestiones estructurales que estarían impidiendo que el ecoturismo sea una actividad positiva para mejorar la calidad de vida de las comunidades donde ocurre. Esos aspectos podrían formar parte de las evaluaciones de todo tipo que se realizan en torno a lo ambiental, entre las que

se incluyen, por ejemplo, las propuestas por Rodrigo Jiliberto en su artículo la Evaluación Ambiental Estratégica aplicada al turismo.

Completan esta edición de *Letras Verdes* tres artículos de ensayo y dos de actualidad. Entre los ensayos, Silvia Graciela Álvarez Litben y Laura Zulaica proveen algunos aportes metodológicos para medir la sustentabilidad en sistemas de albarradas, sistemas que por su milenaria tradición parecen más aptos que los de la agricultura moderna para construir trayectorias de sustentabilidad. Por otro lado, Paula D'Amico reflexiona cómo, más allá del debate sobre la conservación de áreas protegidas con o sin gente, la conservación de la biodiversidad en sí misma se está convirtiendo en un espacio de reproducción del capitalismo, no necesariamente anclado con una perspectiva de sustentabilidad. Finalmente, Edison Vásquez Sánchez se propone ilustrar la incompatibilidad entre las hipótesis del Efecto Rebote y la Curva Ambiental de Kuznets y elucidar la implicación de ello en el discurso de la sustentabilidad.

En cuando a los aportes de actualidad, incluimos una reflexión sobre el sistema de bicicletas públicas BiciQuito, que ha sido planteado como una alternativa para lograr la movilidad sustentable en la ciudad; al respecto, Miriam Gartor señala algunos aportes y limitaciones que contribuyen al debate sobre esta estrategia de movilidad en auge en muchas ciudades del mundo. Por otro lado, Richard Intriago y Elizabeth Bravo reportan sobre el monitoreo de cuatro cultivos que potencialmente podrían ser o estar contaminados por transgénicos en el Ecuador.

Nicolás Cuvi

Director de *Letras Verdes. Revista Latinoamericana de Estudios Socioambientales*